

*En septiembre de 1914 las tropas alemanas avanzaban con ritmo frenético hacia la conquista de París. La situación en el país galo, las malas comunicaciones y la casi inexistencia de interconexiones en los ferrocarriles convirtió a los taxis de la ciudad en lanzaderas humanas para llevar hombres al frente de Marne. Esta es la historia de uno de ellos.*

\*\*\*

Madre nunca quiso que me acercara a las máquinas. Las mismas a las que había bautizado como *feras metálicas*. Las que emitían ruidos extraños y convertían a los hombres en meros patates a su virtud. Esas que se habían llevado por delante la vida de padre. Por eso, el día en que conseguí la licencia para conducir taxis dejó de hablarme. Alegó que los verdaderos hombres eran los que araban las tierras del campo, acudían a la fábrica de sol a sol en los fríos inviernos y conseguían alimentar a su familia y no un correveidile sobre cuatro ruedas. Nunca vio en mí a ese hijo por el cual estar orgullosa. Menos si cabe cuando estalló la Gran Guerra y muchos de los hombres jóvenes marcharon al frente.

La ciudad se sumió entonces en un sentir plomizo durante los primeros envites del enemigo. Los malos presagios y el miedo se contagiaron como la pólvora entre la población. El avance de las tropas alemanas, infalibles como perros de presa sedientos de carnaza, tenía un claro objetivo: tomar París. El denominado plan Schlieffen.

Por aquel entonces yo no sabía qué era ese plan ni por qué los alemanes se habían obsesionado con invadir nuestra tierra. Lo que sí sabía era que la vida en las ciudades se había convertido en una calma tensa y muda. Y eso se percibía en los trayectos que realizaba a diario. El pesimismo y el miedo se colaban en conversaciones furtivas que surgían en las carreras habituales y la tónica no mejoró en absoluto.

En el verano de aquel mismo año y con la situación colapsada, mi madre falleció. Fue repentino, como las campañas alemanas. Su muerte fue destructiva y avasalladora. Fría. Así fue como la Gran Guerra también entró en el seno familiar. Y yo no formé filas del bando

victorioso. No hubo armisticio posible a pesar de que ella había mostrado ciertos afectos en sus últimos momentos. La delgada línea que separaba su virtud y sus obligaciones como madre siempre tuvo un denominador común: las máquinas. La imagen de padre fue siempre la letanía para que me alejara de ellas, cuando mi pasión me obligaba a ir en dirección contraria. Y ese fue nuestro punto de no retorno.

La vida continuó entonces con el duermevela que imprime la guerra en los hombres. Una asfixia pastosa se paseó por las calles de París como una inquilina indeseada pero poderosa. Sabedora del control que ejercía entre los civiles. Y ese cerco invisible, agónico y demolidor estalló a comienzos del mes de septiembre.

«Los taxis serán requisados para enviar hombres al frente» rezó un comunicado que corrió como una mala enfermedad entre el gremio automovilístico.

Así que durante la jornada del seis de septiembre, la Plaza de los Inválidos se transformó en un lienzo impresionista de motitas rojas. La de los taxis que se fueron apostando como hileras expectantes para llevar a cabo su cometido. Acudí al llamamiento como uno más. Un francés dispuesto a hacer frente al enemigo. Un hijo necesitado de una redención que nunca llegaría en vida. Y un hombre luchando contra sus más enfermizos demonios.

Una primera partida salió cerca de las diez de la noche con una recua de sonidos tamborileantes, rítmicos y casi espirituales. Un ronroneo de motores que alentaba el ánimo de los hombres y se mezclaba con los llantos de mujeres, madres y hermanas que suplicaban por una vida que ya parecía sentenciada.

Mi turno se hizo esperar hasta bien entrada la madrugada. Sin embargo, en esta ocasión, nadie lloró por mí. Nadie se aferró para que volviera a casa. «¿Qué miedos atenazan a un hombre cuando la muerte ya ha golpeado primero?» me pregunté incansablemente con un eco interior que me cercenó una y otra vez.

El trayecto que separaba París de Silly-le-Long, en el noroeste del país, fue un paseo hacia el patíbulo. Solo cuando el crepúsculo rasgó aquella noche de verano, el sueño se tornó en pesadilla y la estampa de destrucción inundó los rostros de los militares. Aquello me convenció de que en la vida hay fotogramas que el ojo humano nunca debería retener.

Cargamos los taxis con cuerpos malheridos, gemidos y lamentos de un dolor inefable y armas que habían cumplido ya servicio en la batalla. Nada tuvo que ver el camino de regreso a París. Las detonaciones se sucedieron cada vez más lejanas, como una radio mal sintonizada y el sentimiento de dejar a hombres a una suerte que no caería de su lado me hizo sentirme el ser humano más desgraciado del mundo. El mutismo del coche solo se rompió por los gruñidos y sonidos guturales que salían de aquellos difuntos que volvían al mundo de los vivos. No hubo conversación alguna, aunque mi mente no dejó de bullir. «Madre hubiera preferido que volviera a casa como uno de ellos y no como un cobarde». Apreté con fuerza el volante y mis nudillos se empaldecieron. Tensé la mandíbula, pero eso no evitó que mis mejillas dejaran caer las lágrimas no derramadas con la ausencia de mi madre. Sus palabras y el daño de estas se acompasaron con el traqueteo de un camino seco y áspero que nos devolvía a la ciudad de la luz.

La llegada a París fue un bálsamo. La ilusión de la gente se acrecentó en los días sucesivos por esta iniciativa y apoyo del sector del taxi. Sin embargo, aquello fue solo un mal espejismo de la muerte que se libraba a unos cuantos kilómetros de allí.

Me alejé del ruido de la guerra. Y me escondí en lo profundo de mi vida para sanar una herida que no me dejaba avanzar. Fue así como le hice la declaración más honesta a una madre ya fallecida. Necesitaba que comprendiera —y que yo aliviara el pesado saco que llevaba a mis espaldas— que mi deseo era su mayor sufrimiento. Comprendía sus miedos. Ya había perdido a un marido por culpa de un mal accidente con las nuevas máquinas y no quería que aquello se repitiera. Ella tuvo miedo al progreso, al futuro. A lo que estaba por

venir. Yo, en cambio, moría por acercarme a lo vertiginoso, a la velocidad, a los automóviles. Así que me armé de valor para cerrar aquello que había subsistido de mala manera en los últimos meses. Fue delante de su tumba. Con una ciudad de París envuelta en miedo y miseria, cuando pude desquitarme de los lastres.

«Madre, no podía continuar mi vida sin despedirme como debiera. Vengo a hacerle una confesión para que usted se quede tranquila. Todavía vivo, a pesar de sus miedos y anhelos para que me aleje de lo que amo. No se apene por ello. Seguiré conduciendo, arreglando y disfrutando de los automóviles. No son esas bestias metálicas que usted decía. También he estado en el campo de batalla, algo que seguramente le alegrará allá donde esté. No cogí fusil alguno. Al contrario. Salvé vidas del frente. Imagínese. Las calles de la ciudad se llenaron de optimismo e ilusión con aquellos que volvíamos de hacer nuestro servicio. Hasta fuimos homenajeados por esa labor. Espero que, ahora sí, pueda estar orgullosa de mí. Quiérame un poco desde arriba. Eso me dejará algo más tranquilo».

Abandoné el camposanto con el alma más ligera, la ilusión intacta y el convencimiento de que todo ese horror vivido en las últimas semanas había sido causa de los hombres y no de las máquinas. Los mismos engendros que anunciaron la muerte.